



## EL TRONO DE ORO.

El rey Clotario II dijo un día á sus cortesanos:

—Tengo un trono de oro, lleno de piedras preciosas, pero está trabajado sin gusto, de una manera tosca y grosera; quisiera otro que fuera una verdadera obra de arte; os explicaré mi idea.

Los piés del trono deben descansar sobre dos cabezas de leon, símbolo de la fuerza; los brazos han de terminar en dos cabezas de dragon, símbolo de la vigilancia; el respaldo ha de estar bordado de ramos llenos de frutos y flores, imágen de la abundancia y de la alegría que un buen rey proporciona á su pueblo, y sobre el trono quiero que se pongan dos querubines con las alas extendidas para representar la proteccion que Dios concede á los buenos reyes.

Pero en aquel tiempo no estaban muy adelantadas las bellas artes, y los artistas de ingenio y los obreros hábiles eran escasísimos. Clotario hizo llamar á los mejores, pero unos no comprendieron lo que el rey deseaba y otros se confesaron incapaces de ejecutar la obra.

Entonces uno de los cortesanos dijo al rey.

—Señor, hay en un barrio bajo de la ciudad un jóven artífice platero, nombrado Eloy, dotado, á lo que se dice, de un prodigioso talento,

—¿Y es hombre honrado? preguntó el rey; por que el artífice que construya ese trono recibirá gran cantidad de oro y piedras preciosas, y si no es hombre de conciencia, fácilmente podría quedarse con una parte, sin que se pudiera descubrir la sustraccion.

—Señor, el jóven Eloy, pasa por ser tan bueno y honrado como hábil y laborioso; todo el tiempo que no emplea en el trabajo lo dedica á la lectura y á la devocion.

—Haced venir á ese hombre, dijo el rey.

Eloy llegó á la presencia del rey. Este le explicó su pensamiento y mostrándole el trono de oro, le preguntó:

¿Serás capaz de hacerme un trono tal como te lo he descrito sin emplear mayor cantidad de materiales de oro y pedrería que la que se empleó en este otro?

—Señor respondió el artífice, con la gracia de Dios espero poder lograr satisfacer los deseos de V. M.

Entonces el rey le condujo á un magnífico salon donde se guardaban los tesoros de la corona. Allí habia cantidades enormes de oro y plata acuñadas y en lingotes, y montones de brillantes, esmeraldas, topacios y diamantes que deslumbraban. Os digo en verdad que no se parecia aquel tesoro al tesoro español de nuestros tiempos.

El rey consultó el registro donde se hallaba consignada la cantidad de oro y pedrería que se entregó en otro tiempo al artífice que hizo el trono antiguo y mandó que á Eloy se le diera una cantidad exactamente igual.

Este lo hizo llevar todo á su taller y enseguida puso mano á la obra.

Seis meses despues, el jóven artista se presentó en palacio y se hizo anunciar al rey.

El rey bajó seguidamente al vestíbulo donde se hallaba Eloy con algunos de sus obreros que habian llevado dos grandes cajas.

—¿Traes ya mi trono? preguntó el rey.

—Sí, señor.

Y con ayuda de los obreros abrió una de las cajas y sacando el trono, lo colocó en medio del vestíbulo.

No se podia imaginar obra más primorosa. Sobre el fondo de oro mate, resaltaban los adornos de oro bruñido; las figuras parecian animadas, las cabezas de los leones con sus hermosas melenas, las de dragones, con sus escamas, parecian, iluminadas por el sol, que despedian llamas por la boca. En el respaldo se veian artísticamente entrelazadas ramas de oro mate con hojas formadas de esmeraldas, flores de záfiro y topacios y frutos de rubí y

ópalo. Las alas de los dos querubines estaban sembradas de diamantes; los ojos eran brillantes deslumbradores y en la boca entreabierta y sonriente, se veian piedras preciosísimas que figuraban los dientes.

Clotario exclamó:

—¡Qué prodigio! esta es una obra divina, yo no podia imaginar nada tan bello.

Y no se cansaba de contemplar su grandioso trono.

—¿Y qué traes en esa otra caja? preguntó al habilísimo artista.

—Vá á verlo V. M. contestó Eloy modestamente.

Abrieron los obreros la segunda caja y sacaron otro precioso trono exactamente igual al primero. Figúrense mis lectores el asombro y estupefaccion del rey y de cuantos presenciaban aquella escena.

Clotario no podia creer lo que estaba viendo.

—Señor, dijo Eloy, la cantidad de oro y piedras preciosas que mandó V. M. entregarme para hacer un trono, era suficiente para hacer dos y los he hecho.

El rey, abrazando al artista con efusion dijo á los circunstantes:

—Verdaderamente que es admirable el talento de artista de este jóven incomparable, pero todavia son más admirables su honradez y su delicadeza, porque si se hubiera guardado para sí todo el oro y toda la pedrería que ha empleado en uno de los tronos nadie hubiera tenido jamás la más leve sospecha de su accion.

—No he hecho otra cosa que mi deber, murmuró humildemente el artífice, y mi conducta no merece ni admiracion ni aplauso.

Clotario encantado de la virtud y

del talento del artista le hizo su ministro y le confió la administración del Tesoro de su reino; que no podía ponerlo en más dignas y honradas manos.

Después de haber servido fielmente al rey Clotario II y á su sucesor, Eloy

se hizo sacerdote y llegó á ser Obispo de Negon.

La Iglesia le cuenta entre sus santos y los artífices en metales le veneran por su patron.

L D'ALTEMONT.

## FÁBULAS DE HARTZENBUSCH.

### EL NIÑO EN ALTO.

Trepó sobre una silla, y arrogante un chiquillo gritó: «Ya soy gigante.»

—Monuelo saltarin (dijo un anciano), baja, serás enano,

### BIZCA Y AMABLE.

Porque tiene los ojos bizcos y feos, no los alza Maria nunca del suelo,

Dulce y humilde con los párpados bajos las almas rinde.

Respirando su rostro santa modestia, con los ojos de Venus menos valiera.

Es grande y noble convertir en virtudes imperfecciones.

### EL ASTRÓNOMO Y EL MENDIGO.

Observaba un astrónomo un lucero con estudioso ahinco,

y le pidió limosna un pordiosero una vez y otra vez, tres, cuatro y cinco, y él mientras, agarrado al antejo firme haciéndole al astro punteria, ni vió ni oyó siquiera al que pedia.

Nada manco el mendigo si era cojo, al gaban del astrónomo la mano con un tiron echó que lo sintiera, y dijole: «Señor, si sois cristiano, soltad esos trebejos y generoso abrid la faltriquera.

Vuela por un momento como quiera de tanta luz el brillador enjambre; si hay miserias allí las pasan léjos; cerca de vos hay hambre.»

### EL CABALLO DE CALÍGULA.

A su caballo nombró Cónsul Calígula fiero, y el cuadrúpedo altanero ya la paja rechazó, Dorada se le llevó, y la comió sin desden.

Echan al pueblo tambien paja escritores distintos; pero adulan sus instintos: la doran, y pasa bien.

APROVECHAR EL TIEMPO.



¡Y vaya si lo aprovecha esta excelente niña, que es una de las más adelantadas en el colegio! y la directora siempre la presenta como ejemplo de aplicación, de aseo, de compostura y de humildad.

Por eso está su madre tan orgullosa de tener tan buena hija, y en medio de sus penas tiene en ella el más eficaz y poderoso consuelo.

Margarita, que así se llama la niña, nunca está ociosa. Ya la estais viendo como estudia mientras su mamá la peina. Así es luego la que mejor sabe la lección en el colegio.



## LAS ESTRELLAS ANIMADAS.

(TRADUCCION DE J. ZÁRRAGA.)

## I.

## UNA NOCHE Á LA LUNA.

En el seno del rico valle de *Auge*, y á tres leguas del mar, se eleva la encantadora aldea de *Beaumont*. Perdida por decirlo así, en medio de los bosques de aquella parte de la Normandía, esta aldea debia ser un dia célebre por el nacimiento de uno de los hombres que más han honrado al mundo sabio.

Quiero, amados lectores, hablaros de *Pedro Simon Laplace* el célebre autor de la *Mecánica celeste*.

Una noche del año 17..... *Pedro Simon*, que contaba apenas 13 años, habia dejado sin ser visto su dormitorio del seminario de *Beaumont* donde comenzaba sus estudios, y habia llegado al terrado que dominaba los edificios de aquel magnífico establecimiento.

¿Que queria hacer? ¿porqué dejaba el lecho, tan dulce, tan caliente, para ir á respirar el aire húmedo de la noche?

*Pedro Simon*, despues de haber estado largo tiempo, mirando una luz que brillaba á lo lejos, suspiró y ya se disponia á volver á su lecho, cuando sus ojos se fijaron en el cielo, todo sembrado de estrellas. Se detuvo y contempló en un momento de recogimiento el inmenso libro, donde más tarde habia de leer correctamente.

—¡Dios mio! dijo juntando las manos, ¿de donde vienen estas estrellas que brillan en el infinito? ¿Cómo ha podido Dios hacer todo esto? El padre *Theodulo* tiene razon en decir que Dios es *Todopoderoso*, puesto que él es quien ha creado todos estos millones de puntos luminosos que se ven en el cielo. ¡Dios mio, que bello es todo esto! ¡Oh! yo querria saber lo que hay en las estrellas, y porque son luminosas.

Bien se puede dejar de dormir todas las noches, por ver estas cosas: ya sé que el sol es magnífico; pero todos los dias veo el sol, y todas las noches no se pueden ver estos millones de pe-

queños soles, que contemplo en este momento. ¡Es extraño! jamás había notado esto, como lo noto ahora.

Poco á poco algunas nubes desaparecieron y el niño pudo considerar la inmensidad resplandeciente.

¿Cómo, se dijo, podría yo ver mejor estas maravillas?

Después de haber reflexionado largo tiempo resolvió poner en práctica un plan que debía conducirle al conocimiento de muchas cosas que hasta entonces había ignorado. Vereis como Pedro Simon era tan picarillo como vosotros cuando trataba de satisfacer una curiosidad.

La media noche sonaba cuando volvía de puntillas al dormitorio; se metió en su cama y no tardó mucho en gozar de las dulzuras del sueño.

Al día siguiente el padre Theodulo le decía:

—Trabaja, Pedro-Simon, aplicate y algún día llegarás á ser un gran hombre.

Cuando sonó la hora del recreo Pedro-Simon corrió á poner en ejecución su proyecto de la noche anterior.

## II.

### LOS ANTEOJOS DEL HERMANO NEPOMUCENO.

Pedro-Simon se acordó de haber visto en el cuarto de uno de los religiosos un largo tubo, que tenía dos trozos de vidrio en los extremos; sabía que este tubo servía para aumentar los objetos situados á una gran distancia: deseaba poseer un tubo semejante con el fin de poder contemplar á su gusto las estrellas, esperando lograr descubrir qué sustancia las componía.

Pero ¿cómo procurarse un antejo? Esta era la dificultad. Pedro-Simon, tenía, como ya os he dicho, un espíritu

emprendedor y travieso; después de haber mirado todos los rincones del Seminario, acabo por encontrar un largo tubo de madera, que usaban los alumnos para arrojar proyectiles inofensivos á los cristales del Seminario. Esto ya era mucho pero no lo suficiente: al tubo le hacían falta cristales y no cristales como los que había en las ventanas, sino cristales que tuvieran una propiedad particular.

—¡Oh! dijo, dándose un golpe en la frente, ya tengo lo que necesito.

Acababa de recordar que el hermano Nepomuceno llevaba anteojos, y que acostumbraba á dejárselos olvidados sobre la mesa, cuando iba á echar la siesta. Pedro-Simon se puso á buscar al hermano Nepomuceno y le halló dormido sobre un banco. Quitarle los cristales de los anteojos, fué para nuestro jóven amigo cosa de un minuto. Pedro-Simon se alejó lentamente prometiendo devolver los cristales al hermano Nepomuceno.

Debo añadir, para justificar á nuestro amigo, que su robo no hizo ningun perjuicio á su dueño, en vista de que este no advirtió que sus anteojos estaban privados de los cristales.

Nuestro amigo corrió al dormitorio y después de haber limpiado los cristales los pegó con un poco de cera blanca á las dos estremidades del tubo. Hecho esto escondió su aparato bajo la almohada y volvió donde estaban los demás compañeros.

Después de la puesta del sol, sus compañeros se dirigieron á sus alcobas. Pedro-Simon veía con gusto los palidos rayos de la luna que reflejaban en los pintados cristales del dormitorio.

Esperaba que los ronquidos de sus amigos le anunciaran su sueño, para

salir del dormitorio como la noche anterior.

El concierto tan esperado se hizo oír bien pronto, pero como aquella música era poco agradable, aprovechó este primer momento de sueño que suele ser el más profundo, para hacer su paseo nocturno al terrado.

Cuando hubo llegado, su primer cuidado fué dirigir una plegaria á Dios.

Dirigió su instrumento hácia el cielo, pero..... ¡oh dolor! no vió ni una estrella; un círculo nebuloso se dibujaba sobre los cristales del hermano Nepomuceno, El niño tuvo un movimiento de indignacion. Una lágrima rodó por sus mejillas.

Dios mio, dijo Pedro-Simon desanimado, haced que yo pueda ver vuestra obra maestra; vos sois todo podero-

so. Dios mio, vuestro nombre es glorificado en la tierra y en el cielo. Dadme los medios de aprender á leer en el libro que habeis abierto ante mis ojos: Dios mio, yo diré á todos vuestra magnificencia y la belleza de vuestras obras. Mostrádmelas, Señor, yo tengo necesidad de aprender.

Dios oyó su plegaria.

Si esta verídica historia no os aburre, mis queridos amigos, seguidme. Yo os enseñaré que los que aman á Dios son siempre llamados para conocer las maravillas de la naturaleza, y que no hay misterios para los que saben poner en práctica este santo precepto:

«Instruiros y aprendereis á conocer á Dios.»

*(Se continuará.)*

## LOS RECUERDOS DE LA INFANCIA.

### I.

Bella, magnífica y dulce,  
y envuelta en ligeras gasas,  
que son nubecillas ténues,  
nítidas, puras y diáfanas;  
se presenta embelesante  
entre celajes de nácar  
y rosicler rubicundo,  
plácida y alegre el alba,  
á la puerta del oriente  
que abre con llave dorada,  
el ángel de los consuelos  
para consolar las almas  
de los que en lóbrega noche  
suspiros y ayes exhalan,  
ausentes de la luz viva  
que alumbrá sus esperanzas;  
de la luz resplandeciente  
que al universo engalana,

con la pompa y lozanía  
de los arboles y plantas,  
y los variados matices  
de las flores aromáticas.

Bendita sea la aurora,  
con su fulgor de oro y grana,  
con sus perlas de rocío  
y risueñas alboradas:  
ella por el triste mundo  
tiende su leda mirada,  
disipando las tinieblas  
de nubes densas y opacas,  
engendro de mil vestiglos,  
de quimeras y fantasmas:  
ella, cual ninfa benigna,  
luz de bendicion derrama  
sobre el mortal que contempla  
la brillantez de sus galas,  
que entre floridos pensiles  
y prados amenos, vagan

impregnándose de aromas  
al libar perfumes de ámbar.

Bendita la aurora sea  
con su arrebol y sus gracias,  
su hermosura peregrina  
y su fúlgida mirada;  
pues ella, cuando amorosa  
se presenta linda y mágica  
en el Oriente, es la imágen  
que con dulzura retrata,  
los más plácidos recuerdos,  
*los recuerdos de la infancia.*

## II.

En el pensamiento humano  
que los límites traspasa  
de la sublunar esfera  
que al globo terráqueo abarca,  
de la niñez los recuerdos  
tan fuertemente se graban,  
que mientras dura la vida,  
siempre á la vida acompañan;  
y nunca se borran, nunca,  
del corazón que los guarda  
como indelebles reliquias  
de las edades pasadas.

Por eso, los individuos  
de la sociedad humana,  
sin admiracion ni asombro  
confiesan, no es cosa extraña,  
que el Pontífice Romano,  
santo y venerable Papa,  
de Dios vicario visible,  
jefe de la grey cristiana,  
en medio de la grandeza  
y esplendor de la Tiara,  
y de su mision augusta  
salvadora y sacrosanta,  
no olvida los apacibles  
dias de la dulce *infancia*

Por ellos, príncipes nobles,  
y poderosos monarcas  
en sus palacios soberbios  
y sus magníficas salas,  
pisando alfombras preciosas  
lujosamente labradas,  
y envueltos con régios mantos  
de púrpura y escarlata,  
recuerdan los gratos dias  
en que alegres respiraban  
los balsámicos perfumes  
de las flores de la *infancia*

Por eso el caudillo invicto

triunfador en mil batallas  
entre el polvo del combate  
y el silbido de las balas;  
y el militar esforzado  
entre el fragor de las armas  
que valerosas pelean  
en defensa de la patria;  
y el literato que aspira  
al lauro, prez, gloria y fama,  
que dan las letras y estudios  
en las científicas aulas;  
y el artista en los talleres  
donde afanoso trabaja,  
y el labriego en el cultivo  
de sus campos y sus plantas;  
y el pastor en el cuidado  
de su rebaño y cabaña,  
llevan en el alma escritos  
*los recuerdos de la infancia*

## III.

Los hombres, con los recuerdos  
de su niñez se entusiasman  
y, hallan consuelo inefable  
en medio de sus desgracias  
y de las penas del mundo  
que al corazón despedazan,  
cuando, con trenzas de flores  
unas memorias tan gratas,  
enlazan con los recuerdos  
de la inolvidable patria,  
y de la Virgen purísima,  
de Dios Madre veneranda,  
y de los fieles cristianos  
Reina Madre y Abogada.

Yo encontré siempre en María  
en medio de las borrascas  
del mundo, el iris brillante  
de dicha, paz y bonanza,  
y mi lira agradecida  
himnos de amor la consagra.  
Cantad conmigo á la Virgen,  
niños queridos del alma:  
sed devotos de María,  
que mucho á los niños ama,  
si son buenos é inocentes  
y las leyes de Dios guardan;  
y cuando vuestras cabezas  
se cubran de honrosas canas,  
os serán dulces y hermosos  
*los recuerdos de la infancia*

FRANCISCO REIG Y LLOPIS.



## RETRATOS INFANTILES.



## XIII.

## LA MADRECITA.

Si vosotras, queridas niñas, conociérais á Luisa, estoy seguro de que habiais de amarla como yo, porque en verdad os digo que es Luisa una niña estimabilísima por todos conceptos.

Luisa vive en un pueblecito próximo á Madrid; no tiene madre, porque falleció al dar á luz al hermanito de Luisa, dejando desconsolado al amante esposo y llena de aflicción y profunda

tristeza á la buena Luisa, que amaba tiernamente á su madre.

Momentos ántes de espirar la buenísima mujer, conociendo que llegaba su último instante, dijo á Luisa:

—Hija mia, á tí te encargo mi hijo y tu padre, tú debes ocupar mi lugar en la casa; cuida mucho de tu padre y de tu hermano.

Estas palabras de la moribunda que-

daron profundamente grabadas en la memoria de Luisa, y cuando vió muerta á su madre y aterrado á su padre bajo aquel golpe fatal y abandonada la tierna criaturita que acababa de nacer, con una voluntad y una firmeza, superiores á sus pocos años, comenzó á cumplir el santo mandato de la desventurada esposa y madre.

El padre de Luisa es jardinero y gana lo preciso para mantenerse, cuidando de varios jardines en casas de campo, algunas de las cuales están distantes del pueblo de su residencia. Así es que la mayor parte de los días los tiene que pasar ausente del hogar; pero allí queda la incomparable Luisa, que enciende la lumbre, pone la comida, calienta la rica leche de cabra para su hermanito, se la dá amorosísimamente, le limpia, le viste, le canta, le arrulla y le divierte. Y luego limpia la casa, hace medias para su padre ó para ella, cose, lava la ropita del niño y nada se le olvida y á todo atiende y en todo emplea la mayor actividad, el más completo orden, la más severa economía.

Y Luisa no tiene más que trece años.

Otras niñas de su edad entran en el portal de la modesta casa, donde Luisa se sienta á hacer media ó á coser, junto á la cuna del niño y la invitan á jugar con ellas.

—Yo tengo que hacer, les dice, algo más provechoso que jugar. Jugad vosotras.

Y las niñas, viendo tan notable ejemplo de laboriosidad, tienen cierto respeto á Luisa, y, aunque no renuncian á jugar, suelen pasar largos ratos con ella que las entretiene contándole los cuentos que ha leído en algunos libros que tiene su padre, porque Luisa no es una niña ignorante, que ya

sabe leer y escribir, aunque sólo dos años fué á la escuela.

Cuando vuelve del trabajo su padre, encuentra ya la mesa puesta, y lo primero que hace su hija es presentarle el niño para que le dé un beso y le vea tan robusto, tan aseado y limpio y tan alegre; luego sirve la comida, que no por modesta y económica, deja de ser gustosa y bien sazonada.

Después de la comida, Luisa coje su cuaderno de cuentas, y le dá á su padre la del gasto del día, y aunque no es mucho lo que su padre la entrega por la mañana, para comprar lo necesario, siempre la sobra algo á Luisa, que tiene un singular donaire para regatear, y consigue de los vendedores rebajas que ningún otro comprador obtendría.

Su padre tenía, antes de morir la madre de Luisa, la costumbre de ir una horita de noche á una especie de tertulia en cierto despacho de vinos, donde alguna vez jugaba y perdía, aunque nunca pasaba la pérdida de un real ó dos, ó, por no ser menos, tenía que pagar de cuando en cuando unas copillas á los compañeros; pero ya ha perdido esta costumbre, y se está en casa oyendo á Luisa que lee correctamente curiosas historias y libros entretenidos de viajes, que le presta el médico del pueblo, hombre muy ilustrado y dueño de una selecta, aunque reducida, biblioteca.

Luisa oyó algunas veces á su madre quejarse de la costumbre del marido, de ir á la taberna, y en alguna ocasión presenció entre sus padres enojosas reyertas que tenían por origen la citada perniciosa costumbre. Con su privilegiado instinto de prudencia y prevision ha conseguido Luisa que su padre abandone un hábito por extremo arraigado en él, y que lo abando-

ne gustosamente, sin la menor violencia, con la mayor espontaneidad.

Antonio, que así se llama el padre de esta niña, está contentísimo con su hija, y siendo tan pobre y ganando el pan con tanto trabajo, se considera venturoso, y á toda hora dá gracias á Dios por sus bondades para con él.

Y en verdad que debe juzgarse feliz teniendo por hija á la estimabilísima Luisa; y quien tal dicha goza no puede envidiar riquezas y poder, ni cosa alguna del mundo.

Bella, amable, virtuosa, prudente, trabajadora, Luisa puede servir de ejemplo, no solo á las niñas de su edad, sino á muchas mugeres.

Yo voy muchas veces al pueblo de Luisa, porque viéndola, siento más satisfacción y más contento que viendo el lujo y el fausto de la capital. Aquella casita tan pobre, pero tan limpia, tan bien cuidada, parece un templo, y aquella niña tan apacible, tan activa, tan preciosa, tan bien dotada de buen sentido, tan buena, en fin, infunde respeto y profunda simpatía.

El que se case con Luisa será el hombre más venturoso, y podrá considerarse muy honrado, aunque ella es tan pobre, porque llevará en dote lo que vale más que todas las riquezas del mundo, la virtud más acrisolada.

C. FRONTAURA.

## LAS METAMÓRFOSIS DE UN REY.

(CONTINUACION.)

El amor propio de nuestro príncipe cantor se resistió al cabo de algun tiempo del poco aprecio que á su auditorio merecian sus mejores cantinelas.

—No hay gentes más insensibles que los ignorantes, dijo para sí. Lo mismo es para ellos oír cantar á un ruiseñor que oír rebuznar á un asno.

Levantó el vuelo y se alejó de allí privando á los groseros habitantes de aquel monte del envidiable placer de escuchar sus cánticos. Llegó despues á un florido prado que atravesaba un cristalino arroyuelo; algunos grupos de árboles esbeltos le daban un aspecto encantador y apacible sombra: los melancólicos sauces embellecian las márgenes del riachuelo, en cuyas cla-

ras orillas mojaban las puntas de sus flexibles ramas; algunos gilguerillos y otros pájaros pequeños saltaban de rama en rama mientras que la suelta golondrina cruzaba de un lado á otro el pintoresco cuadro, rozando con la punta de sus alas la superficie del arroyo. En el prado pacian la fresca yerba un centenar de mansas ovejas y algunos tímidos corderillos. Un zagal de catorce años reposaba tranquilamente apoyado en el tronco de un álamo, sacando dulces sonidos de una flauta industriosamente fabricada por sus manos con una caña.

Magnífico teatro juzgó el ruiseñor que seria aquel para sus triunfos. Subióse en lo más alto de un álamo, y principió á entonar sus dulces gor-

geos. El pastorcillo, olvidando su flauta, prestó la mayor atención á los cantares del ruiseñor, y levantándose después registró con ávida mirada las ramas de los árboles para descubrir entre ellas al dulce cantor que cautivaba su atención. Seguía éste con la vista sus más pequeños movimientos y se gozaba en su triunfo. Cuando callaba para tomar descanso, el pastorcillo volvía á tomar su flauta y con ella procuraba imitar los melodiosos trinos de tan hábil maestro.

—Este muchacho, decía para sus adentros el ruiseñor, tiene talento y llegaría á ser un buen artista.

Hacia la hora de la siesta muchos eran los pájaros que se habían refugiado entre las ramas del grupo de árboles en medio del cual se hallaba el ruiseñor; todos buscaban la sombra, porque los rayos del sol daban un calor sofocante. De pronto, cuando todos estaban más entusiasmados con sus alegres gorgoros, se levantó el pastorcillo, dirigióse á la carrera, y dando grandes voces hacia el grupo de árboles arrojó á lo alto por entre lo más espeso de las ramas su largo garrote. Sorprendidos los pájaros, diéronse todos á huir en dirección del río; el mismo ruiseñor, sin darse cuenta de ello, huyó precipitadamente entre la turba parlera, pero ¡ay! al salir de entre los árboles quedó enredado como varios de sus compañeros en una red de hilo verde que cautelosamente había sido colocada en el hueco que dejaban los troncos de dos álamos. En vano los cautivos forcejearon por desasirse; el pastorcillo acudió, tiró de una cuerda, y los pájaros cayeron al suelo envueltos en una red.

Allí el pastor los fué desenredando uno á uno, y los fué pasando á una

jaula de cañas que sin duda al efecto tenía prevenida. El pobre ruiseñor fué uno de los prisioneros, y confundido entre los demás pasó el resto de la tarde en las estrecheces de la prisión, viendo al través de las rejas el cielo, los árboles, el prado y el río, sin poder lanzarse á los espacios.

Por la noche, cuando el pastor se retiró á la aldea con su ganado llevóse á la espalda la jaula con todos sus prisioneros. El ruiseñor mereció luego el señalado privilegio de ser trasladado á otra jaula de alambre más pequeña que la anterior, pero en la cual fué encerrado solo; pasó aquella noche haciendo tentativas para fracturar la puerta de su prisión. La luna apareció tranquila como en la noche precedente; el silencioso misterio convidaba á la poesía y al entusiasmo, pero el músico de los bosques no turbó aquel poético silencio con sus inspiradas endechas: la aflicción de su cautiverio embargaba toda su alma.

Otra humillación le estaba reservada: á la mañana siguiente su alevoso tirano salió por las calles del pueblo buscando un comprador para el prisionero. Una señora, jóven todavía, le compró por dos reales y lo pasó á otra jaula, que no por ser dorada le pareció menos triste al pobre ruiseñor. Gozosos acudieron á contemplarle dos niños pequeños, hijos de aquella señora, los cuales batían alegremente las palmas al verle saltar dentro de su jaula. Esta fué colocada debajo de un verde emparrado á la entrada de un pequeño jardín. Pusiéronle al ruiseñor agua clara en un vaso de transparente cristal, trigo limpio, alpiste y cañamones en un cajoncito de madera y hojas frescas de lechuga entre los alambres. Observándole pasaron los niños largos

ratos en aquel día, y viendo que no había tocado á la comida que le habían puesto, la niña mayor de la casa le llevó un terroncito de azúcar, blanca como la nieve, y despues un pedazo de bizcocho dorado.

—¿De qué sirven esos gratos manjares, pensaba el ruiseñor, si me falta la libertad, que es el único bien que aprecio?

Todas las cariñosas atenciones que se le prodigaron fueron inútiles; no se consiguió que comiera ni que cantara. Saltaba de un lado á otro de la jaula, recorriendo con su pico los dorados alambres para buscar una salida. Cuando la fatiga le rendía, manteníase triste y encogido, con los ojos fijos en el cielo. Del mismo modo pasó la noche; el hambre le ostigaba, pero el pesar le impedía tomar alimento.

Llegó la nueva mañana, y el ama del ruiseñor madrugó á visitarle: siguiéronla sus niños á medio vestir. Descolgó la jóven señora la jaula; contempló con ojos llenos de vivo interés la profunda tristeza del prisionero; vió las provisiones que se habían puesto á su alcance intactas aún, y lanzó un suspiro.

—¿Por qué no quieres comer? ¿Por qué no cantas, pobre ruiseñor? le preguntó, como si el pájaro hubiera de darle una respuesta.

El prisionero fijó en ella su mirada inteligente; pero como no le era posible hablar, calló y levantó luego los ojos al cielo límpido y azul. Si los ruiseñores tuvieran lágrimas, el príncipe cautivo hubiera dejado escapar algunas por única respuesta; pero como solo á los hombres les es permitido llorar, el pobre pájaro no tuvo siquiera este desahogo.

La señora comprendió, sin embargo, la elocuencia de su silencio.

—Mamá, ¿cómo no canta el pajarito? preguntaron los niños.

—Hijos míos, el pobre ruiseñor protesta con su silencio contra nuestra tiranía: para cantar, necesita del aire, del cielo y de la libertad del bosque: encerrado sin culpa alguna, su tristeza y nuestra injusticia le causarán la muerte. Voy á devolverle la libertad, y tal vez escuchareis al momento el himno de la gratitud expresado por sus más dulces gorgoros. Anda, pobrecito, vuela al jardín, y si eres capaz de comprenderme, dime desde la copa de un árbol que no eres insensible á la voz del agradecimiento.

Diciendo esto, la jóven abrió la portezuela de la jaula, la dejó en el suelo y se apartó con sus niños. El ruiseñor se puso de un salto en el travesaño de la puerta, dió luego un vuelo, pasó casi rozando con el pico los labios de su bienhechora, colocóse en una rama del árbol que halló más cercano y principió á entonar una de sus más dulces canciones.

Extasiados le escuchaban la jóven madre y sus dos niños; éstos de cuando en cuando batían las palmas en señal de júbilo, y de este modo pasaron algunas horas. Solo el cansancio hizo callar al ruiseñor; dió entonces otro vuelo, describió varios círculos por encima de la cabeza de su bienhechora, y se volvió al jardín para buscar algún alimento.

Alegre pasó el resto del día. Cuando anocheció volvió al jardín de su bienhechora, y colocado en el árbol más próximo á la ventana de su habitación, principió de nuevo sus trinos y sus gorgoros.

(Se continuará.)

## AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORANEOS.

Es tan profundo el vacío en que se agita la sociedad moderna, que no se comprende su duración sino por un verdadero milagro. Los que niegan estas maravillas, con que Dios se manifestaba á los hombres primitivos, los que se burlan de los milagros, sin perjuicio de creer a ciegas las supercherias del espiritismo y las ciencias ocultas, deben abrir los ojos del alma á la contemplación de este providencial fenómeno.

¿Quién ha visto jamás un edificio que sin cimientos se sostenga? ¿Y sin embargo, al edificio social en que vivimos, le falta el más robusto, el más indispensable de sus cimientos.

Una sociedad que carece de fe religiosa y sólo camina envuelta en los torbellinos del mal, como una máquina lanzada a todo vapor sin grúa ni freno, ¿por una pendiente irresistible, ¿por qué no se precipita? ¿quién la detiene al borde del abismo, sino la mano de Dios que le dice: "No caerás, que eres mi obra, y yo te salvaré á pesar tuyo?"

¿Puede haber milagros más patente?

N. Barrante

Es Don Vicente Barrantes uno de los más distinguidos escritores españoles. Poeta, novelista, historiador, el señor Barrantes es autor de las novelas *Siempre tarde* y *La viuda de Padilla*, de las *Baladas*, composiciones llenas de sentimiento y ternura, de *Narraciones extremeñas*, curiosísimos estudios históricos y literarios, de alguna otra obra premiada en público certámen, del *Plutarco de los niños*, precioso libro para la infancia, etc. etc. También le atribuye la opinión pública un donoso

libro político recientemente publicado que se titula *Viaje á los infiernos del sufragio universal*. El señor Barrantes es académico de la Historia, y ha publicado en las principales revistas y en muchos periódicos gran número de artículos poesías y leyendas.

Nombrado hace años para un importante destino en Filipinas, hizo mucho en aquella apartada region en pro de la instrucción pública.

Escritores como el señor Barrantes honran á la patria.

EN EL MONASTERIO DE MONSERRAT.

A LA VIRGEN EN SU ALBUM (1).

Léjos del mundo, en formidable altura,  
y en estas peñas de color de cielo,  
sobre las nubes asentó su trono  
la madre del Eterno.

Aquí, María, *Moreneta* (2) amada;  
en estos sitios de eternal silencio,

(1) En el Monasterio de Monserrat (Cataluña) conservan los monges un *album*, donde todos los viajeros consagran un recuerdo cariñoso á la excelsa señora de aquellas elevadísimas y agrestes montañas.

(2) *Moreneta* llaman á esta virgen los catalanes, por ser negra la imágen que veneran.

es donde el alma concebirte puede  
¡con tu poder inmenso....!

Aquí, olvidando los mundanos goces,  
placer más grande conseguir anhelo:  
para admirarte y adorar tu mano  
á visitarte vengo.....

Me marchó ya, pero á tu lado, escrito  
quiero dejar mi postrimer deseo,  
y es..... que también visites de mi vida....!  
los últimos momentos.....

RICARDO SEPÚLVEDA.

Setiembre de 1866.





MUESTRA DE LOS GRABADOS DE MODAS DE LA PRIMERA EDAD.

## A NUESTROS SUSCRITORES.

Hoy se publica el número de Febrero de este periódico en miniatura, que contiene 15 grabados y dos figurines iluminados.

Esta JOYA INFANTIL es el complemento de Los Niños, y esperamos que nuestros suscritores nos favorecerán tomando también LA PRIMERA EDAD. El precio que hemos puesto para los suscritores á Los Niños es fabuloso; es seguro que no alcanza á cubrir siquiera el valor de los figurines iluminados.

Hé aquí los precios á Los Niños y LA PRIMERA EDAD:

Por un año en Madrid.. . . . .	13 pesetas y 50 céntimos.
— en provincias. . . . .	16 pesetas.
Por seis meses en Madrid. . . . .	7 pesetas, 50 céntimos.
— en provincias. . . . .	9 pesetas.
Por tres meses en Madrid. . . . .	4 pesetas 25 céntimos.
— en provincias. . . . .	5 pesetas.

Los suscritores, cuyo abono termina en fin del corriente, se servirán renovar oportunamente y añadir el importe de la suscripción á LA PRIMERA EDAD, si desean favorecernos. Necesitamos saber pronto con cuánta suscripción contamos para fijar los pedidos de figurines y dibujos á París.